

LUCIANO WERNICKE

HISTORIAS  
INSÓLITAS  
DE LOS  
MUNDIALES  
DE FÚTBOL

EDICIÓN  
ACTUALIZADA

Curiosidades y  
casos increíbles  
de Uruguay 1930  
a Qatar 2022



booket

**Luciano Wernicke**

Historias insólitas  
de los Mundiales de Fútbol  
Curiosidades y casos increíbles  
de Uruguay 1930 a Qatar 2022



# Uruguay 1930

El puntapié inicial resultó difícil. El congreso de Barcelona de 1929 había previsto que el Mundial de Uruguay 1930 se desarrollara entre el 15 de julio y el 15 de agosto para coincidir con la época de las vacaciones estivales europeas, lo que hubiera permitido una mayor concurrencia de equipos. Empero, a medida que las semanas pasaban y el comienzo del campeonato se acercaba, una a una las naciones del Viejo Mundo se excusaban de viajar a Montevideo. Primero, los europeos argumentaron que estaban con problemas económicos. Al ratificárseles que Uruguay se había comprometido a pagar viaje y estadía a todos los participantes, el argumento cambió: la participación en el Mundial significaba que los clubes de ese continente se privaban de contar con sus mejores jugadores durante dos meses, debido a la larga travesía marítima. Cuando el torneo ecuménico amenazaba con convertirse en apenas un certamen americano, el francés Jules Rimet convenció a los gobernantes de su propio país, Rumania, Yugoslavia y Bélgica para que facilitaran la presentación de sus seleccionados. El rey Carol I de Rumania en persona, presuntamente a pedido de Magda Lopescu, una mujer que habría sido su amante, intervino ante las compañías inglesas que empleaban a sus jugadores para que les otorgaran una licencia y pudieran viajar. Se dice que también había confirmado su asistencia Egipto, pero sus dirigentes no pudieron encontrar la forma de llegar a tiempo a Montevideo. Superado el escollo, Rimet, las delegaciones de Francia, Bélgica y Rumania partieron el 21 de junio desde la bella ciudad provenzal de Villefranche-sur-Mer hacia el Río de la Plata a bordo del barco *Conte Verde*, mientras el equipo

de Yugoslavia se trasladó en la nave *Florida*. A lo largo de las dos semanas que duró la travesía, los futbolistas galos aprovecharon «muchas distracciones a bordo», según un relato escrito por Rimet. «Además de los juegos, que son lo suficientemente variados como para satisfacer todos los gustos, incluso aquellos de los más turbulentos, podemos usar la piscina, el gimnasio y la biblioteca. Por la noche, después de la cena, que a su vez es una distracción, los pasajeros deben elegir entre baile, cine y teatro». El dirigente francés destacó que muchos de los pasajeros abusaron de la ingesta del delicioso champán, en «una fiesta fastuosa», en tanto que el futbolista Lucien Laurent reconoció que varios de sus compañeros aprovecharon cada noche para perseguir a las pasajeras más bellas.

Los jugadores franceses participaron además de una rutina de ejercicios que los mantuvo en forma para la Copa del Mundo. Cada mañana, a las 7, los deportistas trabajaron los músculos en el gimnasio, corrieron por las cubiertas, practicaron saltos sobre sillas y reposeras y nadaron en las piscinas. Después de catorce días de travesía, con solo dos escalas en Barcelona y Río de Janeiro, donde se sumó la selección de Brasil, llegaron a Montevideo, y el barco fue recibido por diez mil personas.

El diario porteño *La Nación* indicó que, al arribar al puerto uruguayo, a principios de julio, el titular de la FIFA reconoció que «el número de naciones que participarán es bastante reducido, pero todas las cosas tienen su comienzo y este es un comienzo alentador. A medida que el escenario se va alejando, el interés va también decreciendo. Para muchos países del Viejo Mundo, un campeonato interesa enormemente si se realiza dentro de sus límites. Ya interesa algo menos si sale de las fronteras, y el interés decrece mucho si se va lejos. No quiere decir esto, sin embargo, que no exista verdadera avidez ante el Campeonato del Mundo».

El primer Mundial, ganado por Uruguay —derrotó 4-2 a Argentina en la final, reeditando ante el mismo rival su conquista de los Juegos Olímpicos de Amsterdam—, tuvo algunas particularidades: fue junto a Brasil 1950 el certamen con menos participantes de la historia mundialista: trece —nueve americanos y cuatro europeos—, y el único que se disputó en una sola ciudad, Montevideo, y para el que no se jugaron encuentros clasificatorios. El desarrollo

del campeonato se produjo a partir de cuatro zonas, tres de tres equipos y una de cuatro. Los primeros de cada una clasificaron directamente para la semifinal. Ninguno de sus dieciocho duelos resultó igualado. Sus dos semifinales tuvieron el mismo poco frecuente marcador: 6 a 1 (Uruguay venció a Yugoslavia y Argentina a Estados Unidos). También fue escenario del partido con menor concurrencia de público: apenas trescientas personas se acercaron a la cancha de Peñarol para ver Rumania-Perú, a pesar de que ambas escuadras integraban el mismo grupo que el país anfitrión.

Por ser la primera de la historia, esta Copa tuvo varios estrenos: el 13 de julio, a las 15, Estados Unidos-Bélgica (en Parque Central, la cancha de Nacional) y Francia-México (en Pocitos, la casa de Peñarol) jugaron los dos primeros encuentros mundialistas. El francés Lucien Laurent, a los 19 minutos, marcó el primero de los más de 2.500 goles que, hasta el umbral de Qatar 2022, tuvo el certamen a lo largo de 21 ediciones. Laurent era un empleado de la firma automotriz Peugeot que viajó con el visto bueno de la empresa. Su víctima fue el azteca Oscar Bonfiglio. «Me introduje por el centro y rematé de volea, marcando un bonito gol. Todo el mundo estaba muy contento, pero en esos tiempos los futbolistas no se besaban después de cada gol», recordó con sarcasmo el héroe, varias décadas más tarde. Laurent aventajó por varios minutos al escocés Bart McGhee, responsable del primer tanto del duelo entre Estados Unidos y Bélgica, que comenzó unos minutitos más tarde en otro escenario: la cancha del club Nacional. McGhee, nacido en Edimburgo y nacionalizado estadounidense, batió al portero belga Arnold Badjou a los 23 minutos. Ese encuentro finalizó 3 a 0.

Otra anécdota: según su reglamento, los períodos de descanso entre ambos tiempos de un partido debían ser «de cinco minutos como mínimo, y 15 como máximo, de acuerdo con lo que disponga el árbitro». Y hablando de hombres de negro, el uruguayo Francisco Mateucci, quien tuvo a su cargo el choque entre Yugoslavia y Bolivia, el 17 de julio en el Parque Central, fue el más joven de la historia mundialista, con 27 años y 62 días. Junto a estas perlas, la primera Copa del Mundo dejó para el recuerdo algunas curiosidades entrañables.

## *Ganador adentro y afuera*

Andrés Mazzali no solo descolló en el arco de la selección uruguaya, con la que conquistó dos medallas de oro en los Juegos Olímpicos de 1924 y 1928. Multifacético, fue campeón sudamericano de los 400 metros con vallas —en cinco oportunidades destrozó el récord continental— y gran basquetbolista: ganó el torneo uruguayo de 1923 con Olimpia. Cuenta una leyenda que, por su velocidad y agilidad, en el fútbol juvenil sobresalía como delantero, pero al llegar a la primera división debió conformarse con el arco porque no consiguió botines adecuados para sus enormes pies, imprescindibles para patear la durísima pelota de entonces. Además de destacarse en el mundo del deporte, Mazzali era un eximio bailarín y, según las crónicas de la época, un galán irresistible para las mujeres. A tal punto que su fama de «Don Juan» le costó el puesto en el seleccionado charrúa para el Mundial de 1930. Una noche cercana a la iniciación del certamen, el arquero se escapó de la concentración para encontrarse con una hermosa rubia que había estado esa misma tarde en el hotel donde se hospedaba el plantel oriental. Según parece, la bella señorita habría sido familiar o «allegada» de un dirigente y, al trascender el *affaire*, Mazzali fue expulsado del equipo. A pesar de los insistentes reclamos del capitán José Nasazzi y el resto de sus compañeros, el técnico Alberto Supicci se mantuvo firme y decidió reemplazar al mujeriego guardameta por Enrique Ballesteros.

## *Centenario*

Cuando fue elegido como anfitrión de la primera Copa del Mundo, Uruguay no contaba con un estadio a la altura de las circunstancias. Por ello, una vez otorgada la sede, el gobierno oriental encomendó al arquitecto Juan Antonio Scasso la faraónica tarea de construir un nuevo coliseo para cien mil personas, donde se jugaran todos los partidos del campeonato. El nuevo escenario, bautizado «Stadium Centenario» —porque su inauguración oficial se había previsto para el 18 de julio de 1930, día en el que se cumplían cien años de

la Jura de la Constitución uruguaya—, comenzó a proyectarse en el parque José Batlle y Ordóñez, situado en el centro de la ciudad, en el extremo este de la tradicional avenida 18 de Julio. Las obras se iniciaron a toda velocidad y en pocos meses se levantaron las tribunas. Las cabeceras fueron nombradas «Colombes» —localidad vecina a París, donde estaba situado el Stade du Matin— y «Amsterdam», en honor a las dos sedes de los Juegos Olímpicos ganados pocos años antes, y las plateas, América y Olímpica. En un primer momento, su capacidad fue proyectada para cien mil espectadores, pero luego se la redujo a setenta mil.

Mientras en Montevideo se construía el «Centenario», en Buenos Aires se criticaba injustamente la fantástica obra. El diario *La Prensa*, por ejemplo, consideró que «un estadio de cien mil espectadores de capacidad para una ciudad que tiene alrededor de seiscientos mil habitantes no es proporcionado». La revista *La Cancha* se preguntó «dónde van a buscar gente en Montevideo para llenar las tribunas». Y en la capital argentina se estrenó una obra de teatro con un título mordaz: *¿Qué hacemos con el estadio?* Del otro lado del Río de la Plata no se amedrentaron y aseguraron: «Haremos lo de siempre, ganarles a los argentinos».

Pocas semanas antes del 13 de julio, día en el que estaba previsto el encuentro inicial del campeonato, el mal tiempo se instaló sobre Montevideo y provocó retrasos en las tareas. El 4 de julio, *La Nación* destacó que «cerca de mil obreros trabajan afanosamente, unos en las plateas, otros en la tribuna América y otros en las adyacencias, además de los cuales se ha conseguido el concurso de un batallón de zapadores del Ejército». Las obras no pudieron completarse a tiempo, de modo que los primeros partidos debieron reprogramarse en las canchas de los clubes Nacional, en Parque Central, y Peñarol, en el barrio de Pocitos, ambos de Montevideo. Cuando se inauguró, el 18 de julio, el cemento estaba todavía fresco, y muchos de los asistentes dejaron grabadas frases para la posteridad, algunas patrióticas, otras amorosas. Aun con la incorporación de estos dos escenarios, Uruguay fue la sede en la que menos estadios se utilizaron.

## *Técnico expulsado*

El español José Juan Luqué de Serrallonga poseía un carácter tan fuerte como desvergonzado. Así como no ahorra elogios cuando un futbolista realizaba una jugada acertada durante una práctica, el técnico de la selección mexicana también castigaba con fuertes insultos al que fallaba. Los entrenamientos en los terrenos del colegio salesiano Pío IX de Montevideo fueron muy intensos, como los gritos del instructor ibérico. Cada vez que una maniobra fracasaba, Luqué de Serrallonga se enfadaba y se descontrolaba, sin importarle demasiado en qué lugar se encontraba. Al cabo de un par de días de soportar el rosario de injurias recitado por el técnico a viva voz, los sacerdotes salesianos les pidieron a los mexicanos que se fueran a entrenar a otro lado. Alarmados, los curas habían comprobado que la magistral cátedra de palabrotas había resultado la lección mejor aprendida por los alumnos del colegio en esos días.

## *Pelotas*

La semana previa al inicio del certamen, el matutino porteño *La Prensa* comunicó que en el Mundial «se usará pelota argentina. Se estudiaron las propuestas de pelotas de juego y se resolvió por unanimidad adoptar la de industria argentina». Dos días más tarde, el mismo diario indicó que «el comité ejecutivo del campeonato mundial de fútbol había dispuesto en una de sus reuniones utilizar para todos los partidos del certamen pelotas de fabricación argentina, pero tal resolución se vio sometida a una delicada cuestión, debido a que el ministro de Industrias uruguayo intercedió para que también pudieran emplearse pelotas uruguayas sin tiento. Por tal circunstancia, el Comité Ejecutivo dispuso que se llevaran a la cancha pelotas de ambos tipos, para que los capitanes y jueces, de común acuerdo, eligieran la que tuvieran por más conveniente». Ambos balones eran similares: de cuero, color marrón oscuro, con gajos rectangulares y con costura exterior —algunos jugadores utilizaban boina para evitar lesiones

en la cabeza—. La única diferencia era su tamaño: el oriental era un poco más grande. Salvo en los encuentros en los que intervino Uruguay, en todos los demás los equipos prefirieron los balones argentinos. *La Cancha*, en un texto hartamente provocador, señaló: «En Montevideo se juegan los partidos del primer Campeonato Mundial con pelota argentina. No pueden quejarse los uruguayos de que no les damos pelota».

En la final entre el seleccionado local y su clásico rival rioplatense, como los capitanes no se pusieron de acuerdo, el árbitro belga Jan Langenus determinó que se usarán las dos pelotas, la visitante en el primer tiempo y la oriental en el segundo. No son pocos los que atribuyeron a esta peculiaridad la victoria final uruguaya por 4 a 2: el primer tiempo había culminado 2 a 1 a favor de los argentinos.

### *La Celeste*

A pesar de que la bandera de Uruguay tiene cuatro franjas azules, cinco blancas y un sol dorado, la camiseta que identifica a su selección de fútbol es celeste. Si bien esta no fue la tonalidad original —las primeras casacas habían sido blancas, azules, y hasta albiazules, a franjas verticales al estilo de la argentina—, el color se impuso por un éxito deportivo: el 10 de abril de 1910, River Plate de Montevideo venció a Alumni, el club argentino más poderoso de esa época. Este triunfo adquirió dimensiones de gesta patriótica en la margen oriental del Río de la Plata, y como esa jornada River utilizó camisetas de color celeste, esta tonalidad fue abrazada para siempre como el distintivo nacional.

### *Carlos Gardel*

El 10 de julio, cinco días antes del debut argentino, el famoso cantante de tangos Carlos Gardel visitó a la delegación albiceleste junto a sus guitarristas José María Aguilar, Guillermo Barbieri y Ángel Riverol para ofrecer un recital que sirviera de aliciente a

los muchachos que se encontraban lejos de casa. El concierto, que incluyó varias canciones, tuvo lugar en el salón comedor del hotel de La Barra, que había sido adornado con banderas argentinas. Al finalizar la velada, los periodistas intentaron sonsacarle a Gardel qué equipo ganaría el torneo; sin embargo, el «Mudo» —nacido en Francia, pero con el corazón «anclao» en las dos riberas rioplatenses, con su pasión dividida cincuenta y cincuenta a ambos márgenes— no se jugó: «El fútbol —dijo el cantante— es más difícil de acertar que las carreras, y ya sabemos que en el hipódromo no acierta nadie, que no sea [el famoso jockey Irineo] Leguisamo. Pero, en fin, yo sin aventurar nada, y descartando por no conocerlos en el deporte a los brasileños y a los “yankees”, diré solamente que creo que los rioplatenses serán los más difíciles de vencer, y que si llegan a una final, habrá que tirar la monedita para saber quién gana. Ambos son buenos y juegan un fútbol maravilloso y artístico, y ahora que veo a los nuestros tan alegres y decididos, cabe esperar que ganando o perdiendo lo sabrán hacer como buenos criollos, es decir, con todos los honores». Gardel no solo hinchaba para Argentina: el día anterior había efectuado el mismo concierto en el campamento uruguayo. De hecho, estas visitas ya se habían producido antes de la final de los Juegos Olímpicos de Amsterdam —que Uruguay ganó al cabo de dos partidos, 1-1 y 2-1— y, en esa oportunidad, el «Zorzal Criollo» les había anunciado a los jugadores de ambos equipos que no concurriría al estadio neerlandés porque quería «demasiado a las dos camisetas». Otra versión, en un intento por tratar de imponer que Gardel prefería a la escuadra celeste, resaltó que, poco antes de los Juegos de Amsterdam, el popular trovador aprovechó su encuentro con los argentinos, que luego viajarían a Países Bajos, para interpretar por primera vez el tango «Dandy» —de Lucio Demare, Agustín Irusta y Roberto Fugazot— en una habitación del hotel Moderne, de París, donde se alojaba la delegación. Como la selección albiceleste perdió luego con la oriental, en La Barra repitió la canción «fúlmine» como «cábala» en favor de los uruguayos. Desde luego, alega esta leyenda, Gardel se cuidó de no cantarla en el campamento local.

## *El primer toque*

El Mundial arrancó el 13 de julio con dos partidos programados a la misma hora, las tres de la tarde: México-Francia en el Estadio de los Pocitos —la antigua cancha del club Peñarol, demolida en 1940—, Estados Unidos-Bélgica en la casa del club Nacional. Sin embargo, gracias a las crónicas periodísticas de la época, se puede puntualizar que el encuentro organizado en la cancha de Peñarol comenzó unos minutos antes que el choque entre estadounidenses y belgas. Por caso, el diario *El Mundo* de Buenos Aires publicó que el pitazo inicial del referí Domingo Lombardi para el choque entre franceses y mexicanos sonó a las 15:07, mientras que en la crónica del otro duelo se aclara que los equipos salieron a la cancha a las 14:55, se formaron, una banda ejecutó los himnos de las dos naciones y también el de Uruguay. Luego, con mucha parsimonia, el árbitro argentino José Macías brindó instrucciones a ambos capitanes y por último efectuó el sorteo. Toda la ceremonia se extendió unos veinte minutos, de modo que este partido comenzó alrededor de las 15:15.

Cotejadas estas cuestiones temporales que confirman que el juego entre México y Francia se inició antes que el disputado en Parque Central, no pocas crónicas históricas afirman que fue un futbolista azteca el primero en tocar la pelota en la Copa del Mundo. No obstante, los reportes de diarios uruguayos y argentinos coinciden en señalar al francés André Maschinot como el responsable de dar el puntapié inicial al certamen deportivo más importante del mundo.

## *Arquero de emergencia*

El primer juego de la Copa del Mundo contó con un imprevisto. A los 23 minutos del primer tiempo, cuando Francia ya derrotaba 1-0 a México en la cancha de Peñarol, el arquero galo, Alex Thépot, chocó contra el delantero azteca Dionisio Mejía y acabó desmayado sobre el césped. El diario argentino *La Prensa* refirió en su edición del 14 de julio que «el accidente se produjo en gran

parte al arrojó del guardavallas que, posiblemente considerando que el peligro que corría su arco era mayor al real, se precipitó en una intervención espectacular. Thépot quedó desvanecido y, como no reaccionaba, fue necesario retirarlo del campo de juego bajo los efectos de una posible conmoción cerebral. Mientras se disputaba el segundo tiempo, se retiró del estadio acompañado por varios miembros de la delegación francesa, pero felizmente por la noche se encontraba más despejado». Como todavía no se permitían cambios en las formaciones, el puesto de Thépot fue ocupado por el mediocampista Augustin Chantrel, quien fue muy elogiado por los medios periodísticos de la época. En alguno se llegó a resaltar que el volante nada tenía que envidiar a Thépot, famoso jugador de Red Star de París, bajo los tres palos. A pesar de continuar los 67 minutos restantes con un hombre menos, Francia superó holgadamente a México por 4 a 1.

### *¿A quién expulsaron?*

Aunque su historial evidenciaba fragilidad (cinco derrotas y apenas un triunfo en dos copas América, la de Lima 1927 y Buenos Aires 1929), Perú decidió participar del primer Mundial de Fútbol. El plantel dirigido por el español Francisco «Paco» Bru abordó el vapor *Orcoma* el 25 de junio de 1930 y una semana más tarde desembarcó en el puerto de Valparaíso, donde, junto a la representación chilena, tomó un tren hacia Buenos Aires. Al cabo de tres días y muchas detenciones, las dos selecciones cruzaron el Río de la Plata en un buque que, por fin, les permitió llegar a la sede del campeonato.

El sorteo determinó que Perú debutara ante Rumania el 14 de julio y luego jugara su segundo partido contra el tercer integrante del grupo, Uruguay, rival con el que ya había perdido dos veces: 4 a 0 y 4 a 1. El duelo contra la escuadra europea se realizó en la cancha de Peñarol. Varias fuentes periodísticas concuerdan que la casa del club aurinegro apenas recibió a unos trescientos espectadores, la menor concurrencia de toda la historia de la Copa del Mundo.

Rumania abrió el marcador a los 95 segundos por medio de Adalbert Deșu, autor del gol más rápido del torneo. Tras la apertura del tanteador, el duelo se volvió áspero; Adalbert Steiner sufrió una fractura tras un choque con Mariano de las Casas y debió dejar a su equipo con diez integrantes, ya que no estaban autorizadas las sustituciones. Al rato, Perú también perdió un jugador; según el reporte oficial de la FIFA, Plácido Galindo fue echado por el referí chileno Alberto Warnken. La expulsión se produjo en medio de un desbarajuste en el que varios protagonistas intercambiaron manotazos. Algunas versiones —como el testimonio de uno de los jugadores, Luis de Souza Ferreyra— aseveran que el echado fue Mario de las Casas. La inexistencia de números en las camisetas como de tarjetas —creadas luego del Mundial de Inglaterra 1966— contribuyó a la confusión, como una norma que figuraba en el reglamento del campeonato: «Cuando un jugador sea expulsado del *field* durante el desarrollo de un partido internacional, no podrá volver a representar a su país en el próximo partido internacional que le correspondiera jugar». Galindo y De las Casas estuvieron presentes contra Uruguay en el segundo compromiso peruano, pero no Domingo García ni Alberto Soria. ¿Habría sido uno de ellos el echado? Si el árbitro Warnken expulsó a Galindo o De las Casas, el sancionado evidentemente eludió la suspensión que dictaba el reglamento. Lo único cierto es que, diez contra diez, Perú igualó el *match* gracias a un gol de Luis de Souza, pero en los últimos minutos Rumania selló su victoria con tantos de Constantin Stanciu y Nicolae Kovacs. Luego, en el estadio Centenario, el equipo albirrojo volvió a perder con Uruguay, aunque por un margen menor, de solo 1 a 0.

### *El estudiante*

El delantero Manuel Ferreira, de Estudiantes de La Plata, no solo era el capitán del equipo argentino, se había ganado el apodo de «Piloto Olímpico» por haber actuado como técnico y jugador en Amsterdam. Su temperamento y su gran capacidad dentro de la cancha lo habían convertido poco menos que en irremplazable,

y su honor era intachable. Pero, por lo bajo, varios de sus compañeros cuestionaban que a Nolo, como se conocía a Ferreira, se le permitiera gozar de ciertos privilegios. Debido a que, además de jugar al fútbol, el Piloto estudiaba en la universidad para ser escribano público, y como ese mes de julio se encontraba sobrecargado de parciales y finales, el atacante fue el último en llegar a Montevideo para incorporarse al plantel. Incluso, Ferreira no jugó uno de los partidos, ante México, porque ese mismo día, 19 de julio, debió regresar a Buenos Aires para rendir un final. Poco después, Nolo se recibió de escribano y, al recordar el viaje relámpago por el que se perdió enfrentar a la selección azteca, admitió que los profesores que lo evaluaron le facilitaron las preguntas por ser «mundialista».

### *Día del Amigo*

El entrenador de Estados Unidos, Robert Millar, se puso como loco al terminar el partido debut ante Bélgica, el 13 de julio en Parque Central. Tras el pitazo final, el técnico encerró a sus hombres en el vestuario y, revoleando en forma nerviosa sus manos, les exclamó: «¡Esto es un desastre! Estoy furioso con ustedes, nunca jugaron tan mal. Si repiten esta actuación, les retiro mi amistad».

Lo insólito del reproche es que el equipo norteamericano acababa de vencer claramente a su rival europeo por 3 a 0.

### *Hacia el otro lado, manito...*

El 16 de julio, Chile superaba a México por 1 a 0 y una superioridad en el juego que todavía no se había registrado en el tanteador. A los seis minutos de la segunda etapa, el delantero sudamericano Guillermo Subiabre cruzó un centro rasante y muy potente hacia Carlos Vidal, autor del primer grito. Pero, antes de que el esférico llegara al goleador, una pierna del zaguero Manuel Rosas Sánchez —un muchacho que se desempeñaba profesionalmente como panadero— se interpuso en su camino y desvió la trayectoria hacia el

fondo del arco de Isidoro Sota, elegido para este encuentro como reemplazante de Óscar Bonfiglio. Ese infausto tanto se convirtió en el primer gol en contra de la historia de los Mundiales.

## *Penales*

El excelente arquero francés Alex Thépot fue el primero en atajar un tiro penal en un Mundial. El 19 de julio en el estadio Centenario, Francia y Chile, que ya habían aplastado a México con sendas victorias, se enfrentaron para ver quién definía el grupo con Argentina. A los 18 minutos del primer tiempo, el árbitro uruguayo Aníbal Tejada señaló la primera «pena máxima» de los Mundiales, por una falta dentro del área francesa. Carlos Vidal se hizo cargo del remate, que cayó en las manos del ágil Thépot. Chile finalmente se impondría por 1 a 0 con un tanto de Guillermo Subiabre a los 65. Terminado ese *match*, en el mismo estadio jugaron a continuación Argentina y México. A los 23 minutos del primer tiempo, el guardameta azteca Óscar Bonfiglio contuvo otro penal, a Fernando Paternoster. Algunas versiones aseguran que Paternoster, disconforme con el fallo a favor otorgado por el árbitro boliviano Ulises Saucedo —quien también se desempeñaba como entrenador de la selección de su país—, tuvo un gesto de caballeresco *fair play* al lanzar un tiro suave, muy fácil para Bonfiglio, para compensar el supuesto error del referí. En ese momento, Argentina ya ganaba 3-0 y terminaría el match con un amplio triunfo por 6 a 3. Curiosamente, en ese mismo encuentro, el guardameta argentino Ángel Bossio también detuvo un penal, a los 20 minutos de la segunda etapa. Bossio desvió el disparo de Manuel Rosas, quien ya le había marcado un gol a los 42 del primer tiempo... también mediante un tiro penal. Rosas quedó registrado como el primero en anotar un gol desde los «once metros» en un Mundial. Saucedo igualmente pasó a la historia: los tres penales que sancionó en un solo partido siguen siendo una marca que no fue superada en la historia de la Copa.

## *La luna*

El entrenador de la selección mexicana, José Juan Luqué de Serrallonga, no sabía qué hacer. Al arquero Óscar Bonfiglio le habían metido cuatro goles los franceses, y a Isidoro Sota, tres los chilenos, aunque uno había sido marcado en contra por Manuel Rosas Sánchez. Para el último encuentro, ante Argentina, el técnico decidió devolver el puesto de guardametas a Bonfiglio. La suerte no cambió: a los 17 minutos del primer tiempo, el equipo sudamericano ya ganaba por 3 a 0. A pesar de que la selección azteca no tenía posibilidades de clasificarse para las semifinales porque ya había perdido con Francia y Chile, durante el descanso el español se enfureció con el pobre Óscar y le recriminó su actuación. «Uno de los goles me lo marcaron por el sol», se excusó el portero. Luqué de Serrallonga, veloz y oportuno, le contestó: «Pues te voy a arreglar un partido de noche, a ver si la Luna también te estorba».

## *Nazi*

Curiosa la actitud del capitán de la selección francesa, Alexander Villaplane. En esta primera Copa representó orgulloso a su país, pero doce años más tarde, durante la nefasta Segunda Guerra Mundial, colaboró con las fuerzas alemanas de Adolf Hitler, que habían ocupado una gran parte de la nación gala. El futbolista se unió a la Schutzstaffel (el escuadrón militar del Partido Nacionalsocialista alemán, conocido por su sigla SS) para dedicarse a la persecución de los cabecillas de la resistencia francesa. También intervino en la masacre de todos los habitantes del pueblo Oradour-sur-Glane y personalmente se le atribuyeron 52 asesinatos de hombres, mujeres y niños. Expulsadas las tropas germanas, Villaplane fue capturado y fusilado el 26 de diciembre de 1944 en el fuerte de Montrouge, situado en el suburbio parisino de Arcueil.

En tanto, Lucien Laurent, autor del primer gol de la historia de los mundiales, fue prisionero de los alemanes. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, descubrió que los invasores habían saqueado el depósito de muebles de Estrasburgo donde había

almacenado sus pertenencias. Los nazis le habían robado todos sus recuerdos, en especial la camiseta que había vestido con honor en Uruguay.

### *Técnico dormido*

Durante la semifinal que protagonizaron Argentina y Estados Unidos el 26 de julio, el delantero norteamericano James Brown cayó lesionado. El técnico Bob Millar —quien también se ocupaba del entrenamiento físico y de la atención médica de sus hombres— ingresó a la cancha con una valija llena de aceites, ungüentos y remedios para asistir al jugador. Al arrodillarse para observar qué le ocurría a Brown, Millar volcó su valija, y sus frascos y cajas rodaron por el piso. Una de las botellitas caídas, que contenía cloroformo, perdió el corcho y comenzó a derramar su contenido sobre el césped. Cuando el técnico intentó recuperar su cloroformo, se acercó demasiado al líquido volcado, respiró sobre él... y se desmayó. Millar debió ser retirado y acostado del otro lado de la línea de cal por sus propios futbolistas. Brown se recuperó solito, sin ningún tratamiento, y siguió jugando.

### *Doble trabajo*

El belga Jan Langenus no solo fue el árbitro que más partidos dirigió durante el Mundial de Uruguay, con cuatro presentaciones, incluida la final. Langenus había viajado a Montevideo con un doble propósito: ser juez y periodista. Según la revista *Goles*, «cuando terminaba cada uno de los partidos, con sus pantalones cortos todavía puestos —arriba vestía camisa, saco y corbata, una indumentaria que hoy bien puede calificarse de insólita—, le pasaba las crónicas al semanario alemán *Kicker*» por teléfono. Para arbitrar el «clásico» Uruguay-Argentina, Langenus exigió a los organizadores un seguro de vida, temeroso de que ocurriera una tragedia dentro del Centenario. Pero nada sucedió y, tras el pitazo final, el belga salió disparado hacia el puerto de Montevideo para embarcarse de vuelta a casa.

El ánimo en el hotel de La Barra de Santa Lucía no era el mejor para enfrentar a los dueños de casa en la final. Roberto Cherro se había autoexcluido; Adolfo Zulemzú dijo que estaba imposibilitado por una dolencia, que fue ratificada por una revisión médica; el «Cañoncito» Francisco Varallo tampoco quería jugar por encontrarse lesionado en la rodilla derecha. «Terminaron poniéndome a mí —sostuvo Varallo en una entrevista concedida varios años más tarde— porque los jugadores mayores, como Nolo Ferreira, Monti y [Carlos] Spadaro, quienes armaban el equipo, se dieron cuenta de que [Alejandro] Scopelli, que era el insider derecho titular, se había asustado un poco por el clima que se vivía». La revista *El Gráfico* aseveró que «en el campamento argentino se hacían correr rumores extravagantes de represalias en caso de ganar». Uno de los blancos fue el propio Monti, quien, horas antes del *match* culminante, había recibido innumerables amenazas anónimas contra él y su familia. «Me mandaron mensajes, me dieron serenatas que no me dejaron dormir la noche anterior», confesó «Doble Ancho» en un reportaje, tiempo después. Para Varallo, «Monti no tendría que haber entrado en la final, se lo notaba cohibido, como con miedo a jugar». Una versión afirmó que detrás de las intimidaciones contra el mediocampista de San Lorenzo estaba la mafia italiana. Su idea era que, derrotada la selección argentina, Monti fuera el chivo expiatorio de los hinchas y, fastidiado con su gente, aceptara ser contratado por Juventus de Turín y, al mismo tiempo, pasar a integrar la escuadra *azzurra*. Lo cierto fue que, a su regreso a Buenos Aires, Monti se entrevistó con dos enviados de la Vecchia Signora y aceptó mudarse a Italia. «Todos los argentinos me habían hecho sentir una porquería, un gusano, tildándome de cobarde y echándome exclusivamente la culpa de la derrota en la final mundialista ante los uruguayos. Y de pronto me encontraba ante dos personas que venían del extranjero a ofrecerme una fortuna por jugar al fútbol», admitió el mediocampista.

Otro que no estaba convencido de integrar el equipo finalista era Ferreira, quien había mantenido un conflicto con varios de sus compañeros: estaban rencorosos porque, a pesar de no haber

jugado contra México por haber retornado a Buenos Aires para rendir un examen, Nolo fue titular en la semifinal ante Estados Unidos. Estos futbolistas se quejaron ante los dirigentes argentinos y el entrenador Juan José Tramutola, pero, no obstante el entredicho, Ferreira fue persuadido por los directivos y el técnico para integrar la escuadra.

Ya en el césped del Centenario, con las tribunas repletas y realizado el sorteo de las pelotas comentado en una historia anterior, el juego se inició con muchísimos roces y pierna fuerte. Los medios argentinos acusaron a los uruguayos de pegar arteramente a sus rivales, ante la supuesta pasividad del árbitro belga. El arquero visitante, Juan Botasso, aseguró a la revista *La Cancha* que lo golpearon «sin consideraciones de ninguna especie, desde el principio del partido». Botasso comentó que los peores porrazos los recibió del delantero Héctor «Manco» Castro, uno en los riñones y otro en el muslo que le provocó una «paralítica». Castro, quien a los trece años había perdido el antebrazo derecho en un accidente con una sierra eléctrica, había clavado su muñón en la humanidad del guardavalla. «Durante aquel partido tuve mucho miedo porque me amenazaron con matarme a mí y a mi madre. Estaba tan aterrado que ni pensé en el partido que estaba jugando, y perjudiqué así el esfuerzo de mis compañeros», concedió Monti. De todos modos, Argentina se fue al descanso con un marcador favorable por 2 a 1: Pablo Dorado había abierto la cuenta para los locales, pero los visitantes se pusieron al frente con anotaciones de Carlos Peucelle y Guillermo Stábile (máximo *scorer* de la Copa con ocho conquistas). Algunas versiones periodísticas dejaron entrever que, dentro del vestuario, los albicelestes fueron amenazados por hinchas armados. Esta situación no fue confirmada oficialmente por ninguno de los protagonistas. Monti sí recalcó que «al volver para el segundo tiempo, había unos trescientos milicos con sus bayonetas caladas» junto a la línea de cal. «A nosotros —prosiguió— no nos iban a defender. Me di cuenta de que si tocaba a alguien, se prendía la pólvora. Le dije a mis compañeros: “Estoy marcado, pongan ustedes porque yo no puedo”. Después de todo, ¿qué querían que fuera, héroe del fútbol?». En el complemento, Uruguay, impulsado por el aliento de su gente, salió a buscar la gloria. Las crónicas de

la época convinieron en que la mayoría de los futbolistas visitantes parecía no reaccionar, presa de una pasividad pasmosa. «El cuadro oriental —publicó *El Gráfico*— estaba entero, mientras que en el argentino Monti no marchaba por decisión propia; Juan Evaristo y Botasso, habían sido lesionados en el primer tiempo, y Varallo, resentido de lesiones anteriores». Con ventaja física, el equipo celeste dio vuelta el tanteador con tres conquistas conseguidas por Pedro Cea, Victoriano Santos Iriarte y el propio Castro. El dueño de casa, organizador del primer certamen ecuménico, levantó por primera vez la figura dorada de la diosa de la victoria. Años más tarde, Varallo y Ferreira minimizaron los escritos periodísticos argentinos que acusaban a los orientales de haberse impuesto con malas artes. Varallo alegó que Argentina tenía equipo para salir campeón, pero «ellos nos ganaron por ser más guapos y más vivos. No por ser mejores jugadores». Nolo, en tanto, aseguró que «los uruguayos no dieron tantas patadas, ellos jugaron fuerte como siempre lo hicieron», aunque razonó que tantas presiones y amenazas «causaron impacto entre los argentinos y disminuyeron considerablemente el rendimiento del equipo». Categórico, el capitán oriental Nasazzi sostuvo: «Ganamos la Copa porque pusimos más sangre».